

DISCIPULADO Nº 47.

La Compasión (Parte 3)

Estamos estudiando la compasión como proceso. Vimos en la lección anterior que el primer paso es reconocer que frente a nosotros hay una persona que sufre y en ese mismo momento, tenemos que ir y ver que le pasa. Necesitamos el colirio de Dios en nuestros ojos para VER la necesidad del que sufre e ir a su encuentro para ayudarlo.

Luego de ir a su encuentro y ver lo que le pasa a la persona, el segundo paso es:

II. SER RESPONSABLE ANTE LA PERSONA QUE SUFRE (MOMENTO DEL QUEDARSE).

Al momento del ir le sigue el momento del quedarse. Entendemos el verbo quedar en un doble sentido. En primer lugar, quien experimenta el "encuentro con el que sufre" queda conmovido y emocionalmente impactado; pero la experiencia del encuentro afectante no acaba ahí; en segundo lugar, la conmoción mueve a la persona a quedarse de modo responsable, acompañando al que sufre. De esta forma, la compasión consiste en ir hacia aquellas personas y situaciones donde habita el sufrimiento y establecer allí la propia morada. La primera respuesta no es el hacer, sino el decir heme aquí, dar-se quedándose. Quedarse, es fruto de la decisión

personal tomada con libertad.

Al estudiar esta parábola del buen samaritano, de Lucas 10:25-37, nos damos cuenta que éste cumplió con cada uno de los pasos del proceso de la compasión: Primeramente fue al encuentro de aquel hombre herido, vio su necesidad y luego le ayudó, limpiando y curando sus heridas. Pero ¿Qué pasó con los otros dos personajes que también participaron en esta historia? ¿Qué hicieron el sacerdote y el levita?.....Pasaron de largo...No se quedaron. ¿Por qué?.

EL SACERDOTE Y EL LEVITA NO SE QUEDARON.



Analicemos un poco la situación geográfica y religiosa que se presentaba: El camino a Jericó era empinado y peligroso. De hecho, tan peligroso era que las personas lo llamaban «el camino de la sangre». Jerusalén se encuentra a 3000 metros sobre el nivel del mar, mientras que Jericó, que está a tan solo veinticinco kilómetros de distancia, se encuentra a 1000 metros bajo el nivel del Mediterráneo.

El camino entre las dos ciudades desciende bruscamente a través de un territorio montañoso repleto de riscos y cuevas que permiten que los ladrones se escondan, ataquen, y luego escapen con facilidad. Transitar por el camino que

lleva a Jericó en aquella época, era similar a cruzar hoy por un callejón oscuro en la zona más peligrosa de una ciudad moderna, con la única diferencia de que, para llegar hasta el farol más cercano, había que recorrer muchos kilómetros.

En este “callejón oscuro” un hombre cayó víctima de la realidad frecuente: el crimen. **“Un hombre judío bajaba de Jerusalén a Jericó y fue atacado por ladrones. Le quitaron la ropa, le pegaron y lo dejaron medio muerto al costado del camino” (v. 30).**

Un sacerdote y un levita pasaron por allí de casualidad, pero pasaron lo más lejos posible del herido y siguieron de largo, sin querer involucrarse con las necesidades del hombre.

No deberíamos apresurarnos a juzgar a estos personajes, porque quizás descubramos que nos estaríamos condenando a nosotros mismos. Consideremos cómo reaccionaríamos si estuviéramos tomando un atajo por un callejón oscuro. Imaginemos que vemos a alguien tirado en el piso, quejándose. Esto quiere decir que es muy probable que una pandilla de matones está merodeando a la vuelta de la esquina. Seguramente nos parezca que la mejor decisión es escapar con rapidez hacia un lugar seguro y enviar a algún oficial para que se encargue de la pobre víctima. Entonces corremos.

Es probable que haya habido muchos otros motivos, entre ellos “religiosos”, por los cuales el sacerdote y el levita evitaron comprometerse. La ley levítica estipulaba que cualquiera que tocara el cadáver de un ser humano resultaba «impuro» ceremonialmente.

Números 19.11–16. ¹¹ El que toque cadáver de cualquier persona será inmundo siete días. ¹² Al tercer día se purificará con aquella agua, y al séptimo día será limpio; y si al tercer día no se purificare, no será limpio al

séptimo día. ¹³ Todo aquel que tocara cadáver de cualquier persona, y no se purificare, el tabernáculo de Jehová contaminó, y aquella persona será cortada de Israel; por cuanto el agua de la purificación no fue rociada sobre él, inmundo será, y su inmundicia será sobre él. ¹⁴ Esta es la ley para cuando alguno muera en la tienda: cualquiera que entre en la tienda, y todo el que esté en ella, será inmundo siete días. ¹⁵ Y toda vasija abierta, cuya tapa no esté bien ajustada, será inmunda; ¹⁶ y cualquiera que tocara algún muerto a espada sobre la faz del campo, o algún cadáver, o hueso humano, o sepulcro, siete días será inmundo.

Es decir, que permanecía excluido de las ceremonias de adoración durante siete días. ¿Qué pasaría si este hombre ya estuviera muerto, o a punto de morir? Debe haber sido muy fácil para estos profesionales religiosos pensar: «Esto me alejará de mi posibilidad de escalar a una posición más importante».

Por eso siguieron de largo. En el proceso, también pasaron por alto una clara enseñanza de la Escritura: mostrar misericordia incluso a los extranjeros en necesidad.

Levítico 19:34. ³⁴ Como a un natural de vosotros tendréis al extranjero que more entre vosotros, y lo amarás como a ti mismo; porque extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto. Yo Jehová vuestro Dios.

La ironía de este versículo es que los sacerdotes y los levitas eran los oficiales del pueblo de Dios encargados de ayudar a los necesitados. Los sacerdotes eran oficiales públicos de salud, aparte de sus otras obligaciones; los levitas les entregaban limosnas a los pobres.

Este era un llamamiento sacerdotal, y, sin embargo, los dos prefirieron su

agenda (repleta de ceremonias y otras obligaciones religiosas válidas) antes que su llamado. Con toda claridad menospreciaron el principio que afirma que la obediencia es mejor que el sacrificio.

1 Samuel 15:22. ²² Y Samuel dijo: ¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros.



¡Cuántas veces cometemos el mismo error del sacerdote y el levita! Nos agarramos a tradiciones o a mandatos de tipo administrativo y burocrático y dejamos a un lado lo más importante que es el amor a nuestro prójimo.

Quiera Dios que esta lección nos concientice a que no debemos nosotros pensar que las cosas que tenemos que hacer son más importantes que las personas y que cuando veamos a alguien necesitado, herido y golpeado por la vida; nos olvidemos de los quehaceres, nos quedemos con él y le ayudemos a salir de su situación.

